



TOP SECRET-UMBRA

Date: July 21, 2007

Frank B. Rowland, Director
Bureau of Intelligence and Research
Department of State
-SIA
Subject: Instructions

The facility at Marine Corps remains a top priority. The facility must be ready to receive the first wave of the enemy.

urgency. A branch of
they must seek and
information that is
not acceptable.

Form 1041-10 (Rev. 10-1-79) and the instructions to Form 1041-10.

...and the... ..

[Faint, illegible text at the bottom of the page]

...required to confine...

... ..

Execute orders led by Alaska Governor

Selection is not taken. updating the Pro of (10). It is not a
next-to-know in the wider could be needed to the
facility. It must remain the the danger of error, which
managing without interf. 2.1 & 1.1. A. In addition, the

These and other developments are all functionally related to the Agency's mission. The Agency needs your ideas.

ELVO Editorial · Narrativa
info@elvoeditorial.com
www.elvoeditorial.com

Primera edición: octubre, 2025.

© Miguel Ángel Santiago.
© ELVO Editorial.
© de la fotografía de solapa: Miguel Ángel Santiago.
© diseño cubierta y maquetación: Daniel Moscugat.
Todos los Derechos Reservados.

Dep. Legal: MA 2571-2024
ISBN: 978-84-128378-8-9



Gracias por comprar la edición autorizada de este libro. Por favor, no escanee, reproduzca, distribuya o fotocopie ninguna parte del mismo sin permiso de la editorial. De este modo estará respaldando a los autores y permitirá que editoriales independientes, como la nuestra, continúen publicando libros como el que tiene en sus manos. Si necesita fotocopiar, distribuir, reproducir o escanear partes de este libro, diríjase a CEDRO.

Queda prohibida, por tanto, la distribución, reproducción total o parcial, transformación o comunicación pública por cualquier vía sin contar con la autorización previa de los titulares del copyright, salvo los previstos por la ley.



EL ESLABÓN DE CHIHUAHUA

MIGUEL ÁNGEL SANTIAGO

*A todos aquellos que con su esfuerzo y honestidad
dedicaron su trabajo y sacrificio, incluso al precio de sus
propias vidas, por salvar a tantas personas durante los
momentos más complicados de nuestra historia reciente.*

La CUEVA DE LOS CRISTALES

Viernes 14 de marzo de 2008.

Minas de Naica. Chihuahua, México. 12:22 a.m. UTC—6.

—Cinco minutos es el tiempo límite, pero mejor si no los Capuramos y salimos antes. Recordad que las muestras de las inclusiones fluidas son las más adecuadas. El agua de las paredes y del suelo también nos sirve. El equipo de mineros irá por delante. Cuando nos den la señal por radio entramos los tres juntos. ¿Alguna duda? ¿Está todo claro? —preguntó el profesor Martin Draper.

Los dos jóvenes investigadores afirmaron con la cabeza y levantaron el dedo pulgar en señal de conformidad.

—Ahí abajo estaremos a cincuenta grados de temperatura con un noventa por ciento de humedad. Si tenéis palpitaciones o mareos, se os nubla la vista o cualquier otro síntoma parecido retrocedemos de inmediato. —Hizo una pausa para mirar a la pareja de virólogos—. Chicos..., esto no es lo mismo que mirar por el microscopio. Recordad el vídeo que hicieron hace unos días los del gobierno mexicano. Mucha atención a cada paso y, sobre todo, prudencia. Yo iré por delante y vosotros pisando mis huellas.

Cuatro expertos en explorar las minas de la zona, pertrechados con equipos que superaban los veinte kilos, revisaron los detalles con la misma rigurosidad que si fueran a dar un paseo en el espacio. Se prestaron asistencia unos a otros durante el chequeo: los cierres de seguridad de los arneses y chalecos con bolsas de hielo para con-

trolar la temperatura corporal; el nivel y la presión de la mochila de oxígeno; los reguladores; el ajuste de los cascos anaranjados; los interruptores de las lámparas led frontales; los transmisores y receptores de radio...

—Vas a estar muy fresquito con tanto hielo, cabrón —dijo uno de los mexicanos a su colega al que acababa de apretar los correajes.

—No mames, güey. Esa cueva es una caldera —contestó el otro.

Martin y los dos miembros del equipo de la escueta expedición sonrieron con las bromas de los mineros locales a pesar de la tensión en el ambiente. Ellos irían por delante abriendo paso con todo el equipo necesario. Hacerlo sin protección, incluso durante unos minutos, era una prueba de resistencia propia de atletas. Los científicos estaban acostumbrados al trabajo de laboratorio, pero no eran espeleólogos. Unos días antes, durante las incursiones de los funcionarios del gobierno para reconocer la zona y firmar los permisos, quedó claro que cualquier imprudencia podía costarles la vida. Nada más poner un pie en el interior de la cueva el ritmo cardíaco se disparaba y el calor corporal se hacía insoportable.

La clave era la rapidez. Pasados cinco minutos, los órganos vitales se veían comprometidos, y la posibilidad de un fallo cardíaco o un derrame cerebral se multiplicaba. Una vez fuera, la recuperación llevaba varias horas entre toma de oxígeno, descanso e hidratación. El plan estaba diseñado al milímetro. No había lugar para la improvisación. El mayor inconveniente era que entrar equipados como los mineros complicaba en exceso la recogida de muestras pequeñas. Manipular las frágiles barras de yeso con herramientas de precisión requería ir ligero de equipaje y actuar deprisa.

—Bueno, pues. Listo, profesor. Cuando usted mande.

—Adelante, nosotros también estamos preparados. A vuestra señal iremos hasta la zona de trabajo y saldremos enseguida: tres minutos y medio es lo que tenemos previsto. Cuatro, a lo sumo.

El jefe de la expedición minera sonrió y escupió por la ventanilla del coche.

—Nos fuimos, entonces —dijo pasándose el dorso de la mano por la boca—. ¡A los coches! Doctor Draper, usted baje con nosotros y sus colegas en el otro carro con dos de mis hombres.

Los vehículos todoterreno comenzaron a rodar por el túnel que, desde la superficie situada a un kilómetro y medio de altura sobre el nivel del mar, en el pueblo de Naica, descendía hasta la entrada a la Cueva de los Cristales situada trescientos metros más abajo, en el interior de la Tierra.

—Es una de las excavaciones más productivas para extraer grandes cantidades de plomo, zinc y plata desde que fue descubierta hace más de doscientos años. Desde entonces, no ha parado de dar piedritas bien buenas y ahora con los cristales se ha hecho famosa. No mames, güey —comentó el jefe de los mineros oficiando de improvisado guía turístico.

—Tengo entendido que la mina está casi agotada —objetó Martin.

—Bueno, doctor, no hay una ubre que dé leche para toda la vida. Dicen que Grupo Peñoles apagará los motores de drenaje de agua cuando no haya más que mamar, güey. El gobierno no prestará más concesiones. Ellos ya habrán tomado lo suyo.

—Sí, eso he oído —aseguró Martin.

—Entonces su querida cueva quedará inundada para siempre. Aproveche esta oportunidad, puede que no haya otra en medio millón de años —ironizó y soltó una sonora carcajada.

Martin comenzó a sentir el intenso calor incluso con el aire acondicionado a máxima potencia. Pensó en Alex y Susan, y en que quizá habría sido buena idea haber hecho una incursión de ensayo.

Demasiado tarde para cambiar de planes.

Los dos vehículos frenaron al mismo tiempo. Se colocaron en paralelo a menos de un metro con los faros encendidos para iluminar la entrada al túnel de acceso. Apenas quedó espacio para abrir las puertas sin tocar las paredes de la excavación. Bajaron de los coches y enseguida notaron el golpe de calor: treinta y cinco grados con un sesenta por ciento de humedad. Aguardaron mientras los mineros atravesaban la manga de unos quince metros hasta la entrada.

Esperaron hasta que llegó el aviso por radio. Caminaron hasta la cueva sin cascos ni chalecos refrigerados ni más equipo que unos pequeños recipientes. Ya en el interior la temperatura y la humedad subió muy rápido hasta unas condiciones muy peligrosas.

—¡Bienvenidos al infierno durante unos cuantos minutos! —exclamó Martin tratando de hacer una broma.

Los tres sudaban como en una sauna mientras observaban a los mineros alejarse a pie a través del pasadizo. Como toda respuesta se secaron la frente y los ojos con las mangas de las camisetas y restregaron las palmas de las manos en los pantalones.

—¡Vale, a lo nuestro! —ordenó Martin.

Caminaron por el pasillo que comunicaba la galería principal con la cueva. Una formación de alrededor de cincuenta metros de largo por quince de ancho y dos pisos de alto descubierta en el año 2000 de forma accidental.

La respiración de todos ellos comenzó a alterarse de forma controlada. En pocos segundos, el calor pasó de sofocante a insoportable. A pesar de haber visto las imágenes en pantalla, el escenario resultaba sobrecogedor en vivo. Tenía la apariencia de un meteorito incrustado en las entrañas de la Tierra. Las columnas de aljez se proyectaban en todas direcciones, inclinadas desde el suelo hacia el techo o atravesadas en horizontal de pared a pared; en montículos o agrupadas en geometrías indescriptibles. Algunas formaciones de selenita alcanzaban los diez o doce metros de altura y pesaban varias toneladas. Las más pequeñas surgían arracimadas en el suelo, formadas por filamentos del grosor de un hilo de coser.

—¡Rápido, tomemos las muestras y salgamos corriendo de aquí! —gritó el profesor ante la pasividad contemplativa de los primeros segundos.

—Voy a tomar el agua de este afluente —anunció Alex acercando el recipiente a una pequeña cascada entre dos rocas transparentes.

—¿Todo bien, Susan? —preguntó Martin.

—Sí. He conseguido un par de muestras y están aseguradas. Pero voy a salir ya, me he cortado en la mano con un saliente.

—¿Es grave? —Martin se mostró alarmado por el incidente.

—No, es solo un corte superficial, pero estoy sangrando y me estoy asfixiando con este calor.

—Está bien, salgamos. ¡Nos vamos! ¡Ahora, chicos!

Desandar los pasos fue una proeza, pero la bajada de temperatura compensó con creces cada metro ganado. Dejaron la carga en el

suelo junto a los coches y se abalanzaron a por las botellas de agua de la nevera portátil. Bebieron a grandes sorbos alternados con bocanadas de aire para aspirar todo el oxígeno posible y recuperar el aliento.

—¿Y la mano, Susan? —preguntó Martin en cuanto pudo.

Susan se había bajado la manga y taponaba la herida apretando la tela con el puño.

—No es el día más sangriento de mi vida —bromeó.

Los tres se echaron a reír. La adrenalina empezó a descender de nivel y las pulsaciones bajaron de cien por minuto. Todo estaba bajo control. En la boca del túnel aparecieron los cuatro mineros con sus pertrechos, entre comentarios jocosos y subidos de tono dándose golpes en la espalda como quien viene de pasar el rato en un parque temático.

*Dos semanas más tarde. Martes 25 de marzo de 2008.
Vuelo BA 242. MEX — LHR. 08:02 a.m. GMT.*

— ¡Señor..., señor!... Disculpe la molestia... ¿Tomará el desayuno?

La azafata de British Airways usó un tono suave, pero tan cerca del rostro de Martin como para sacarlo de la duermevela.

—¿Tomará el desayuno, señor?

Martin se recompuso, parpadeó para fijar la mirada en la mujer que aguardaba respuesta sujetando una bandejita azul con una mano y una cafetera de aluminio con la otra.

—Café..., con leche, por favor —contestó.

—¿Va a desayunar? —insistió la azafata.

—No. Solo el café, gracias.

Antes de salir de Ciudad de México había tomado una pastilla para dormir y hacer más llevaderas las diez horas y media de viaje, convencido de que durante el vuelo no podría organizar la secuencia de hechos acaecidos en los últimos días y, mucho menos, redactar un informe. Era imprescindible documentar cada paso para responder a una cantidad interminable de incógnitas.

En Oxford pondrían en duda el abecedario desde la A hasta la Z y escucharía dolorosas insinuaciones de posibles negligencias. Lo confrontarían tanto desde la dirección del Instituto Jenner como desde las compañías inversoras, sobre todo, la principal: Chero farma-

céutica. Esta quizá amenazaría con salir corriendo y dejar de un día para otro empantanadas las finanzas y las investigaciones en curso. Una tormenta devastadora. Evitarlo pasaba por presentar un pormenorizado y exhaustivo plantel de evidencias que demostrara, más allá de cualquier duda razonable, que se habían seguido los protocolos y procedimientos establecidos.

Se llevó la taza de café a los labios repasando de cabeza todos los detalles, desde la planificación de la expedición hasta ese preciso momento en el que, aturdido y cansado, regresaba a Oxford. Sacó de la mochila de piel la libreta de notas y un portaminas. Repasó los apuntes: objetivos de la exploración; los riesgos asumibles y los que no lo eran; las características de los hallazgos que cabía esperar en la Cueva de los Cristales. Nada hacía prever el desenlace. Había actuado con diligencia, eso estaba probado. Y todos aquellos que intervinieron durante los días que siguieron a la incursión en la cueva se habían ofrecido a testificar en caso de necesidad.

«Señores pasajeros, estamos realizando las maniobras de aproximación al aeropuerto de Londres Heathrow. Por favor, abróchense los cinturones y sigan las indicaciones de la tripulación». Martin identificó la voz cansada del copiloto que les había dado la bienvenida y unas someras explicaciones acerca del vuelo horas antes.

En México las autoridades se comportaron como cabía esperar, es decir, sin demasiado afán. Sin embargo, en Londres brotó la desconfianza y la necesidad de conocer hasta el último detalle de lo sucedido. Los mexicanos, más proclives a creer en las cosas del destino, trataron de dar carpetazo al asunto cuanto antes. En cualquier caso, para Martin la cuestión se resumía en una simple idea: lo más complicado llegaría a partir de ahora al pisar suelo inglés.

El coordinador de la aerolínea lo acompañó desde la puerta del avión hasta una sala especial en la terminal. Llovía tras las ventanas que daban a las pistas. Martin observó las operaciones de desestiba mientras el resto del pasaje se deslizaba por el *finger* hasta la moqueta del edificio. La niebla meona empañaba el campo de visión y dejaba sobre el fuselaje de los aviones una fina capa de agua. Los mozos de pista trabajaban con rapidez apilando bultos sobre los carros atestados y humedecidos por la escarcha. Martin se fijó en el vehículo con

una luminaria naranja que se detuvo junto al avión. Dos operarios con chalecos reflectantes abrieron una portezuela lateral del aparato y desplegaron una rampa metálica.

Eran ellos.

Dos féretros idénticos: negros, lisos y con una cruz encima de la tapa. Martin los había elegido de entre las dos o tres variantes que le ofrecieron los de la Embajada Británica. Dos coches fúnebres se acercaron a escasos metros de la rampa y media docena de empleados de operaciones en tierra se hicieron cargo de introducir los ataúdes en sus respectivos vehículos.



EL ESLABÓN DE CHIHUAHUA

MIGUEL ÁNGEL SANTIAGO

ÍNDICE

La cueva de los cristales.....	13
.....	19
Las piezas del puzle	
1.....	23
2.....	31
3.....	37
4.....	41
5.....	47
6.....	53
7.....	61
8.....	67
9.....	73
10.....	79
11.....	89
12.....	95
13.....	101
14.....	107
15.....	113
16.....	121
17.....	127
18.....	133
19.....	139
20.....	145

Un cisne negro sobre occidente

21.....	151
22.....	159
23.....	167
24.....	175
25.....	179
26.....	185
27.....	193
28.....	199
29.....	207
30.....	213
31.....	221
32.....	227
33.....	233
34.....	239
35.....	245
36.....	251
37.....	257

El dilema

38.....	263
39.....	269
40.....	275
41.....	283
42.....	291
43.....	299
44.....	307
45.....	315
46.....	323
47.....	331
48.....	337
49.....	345

50.....	351
51.....	357
52.....	363
53.....	369
54.....	375
55.....	381
56.....	387
57.....	393
58.....	399
59.....	405
60.....	411
Agradecimientos.....	419
El autor: Miguel Ángel Santiago.....	423

Este libro terminó de imprimirse en Málaga
un 17 de octubre de 2024
coincidiendo con el natalicio del escritor
Arthur Miller
en cuarto creciente.



